

## ***Ghetto. Por Mario Gambetta (Revista Noticias, edición especial tras el atentado)***

“El edificio se va a caer”, grita la policía, y los bomberos también gritan: “¡Correrse!” Aparecen megáfonos: “¡correrse todos por el amor de Dios!”. La gente no se corre, los empujan, los policías atan sogas y arrean a la gente. Todo está por caerse, el edificio que tiembla está en la esquina de Arroyo y Juncal. Del otro lado, en la Nueve de Julio, mas gente se amontona. Hay vendedores de café. Las bocinas y sirenas llegan al paroxismo.

De pronto brota agua de todas partes, la calle Arroyo es un río, el agua moja a todos, los zapatos de ciudad se empapan, los periodistas resbalan. Y luego más advertencias. Hay pérdidas de gas. Alguien que fuma recibe un cachetazo. “Hay pérdidas de gas. Despejen la zona.”

No caben dudas, no es Buenos Aires. Hubo un coche bomba, 500 kilos de trotyl, todo a mansalva y a sangre fría. Volaron una escuela y un geriátrico, la Embajada de Israel y también la Embajada de Rumania.

La calle Arroyo y sus adyacencias son como un ghetto. Un agujero en medio de la ciudad. Un abismo caótico. Los cables de los micrófonos de radio y de las cámaras se enredan con las sogas de los policías. Muchos tropiezan y se caen, se hacen nudos; un policía agarra a un fotógrafo del pelo, no lo deja subir a una camioneta en ruinas. La policía no deja pasar a la gente que vive en esa cuadra y que quiere entrar a sus casa en ruinas. La policía no deja pasar a la gente que vive en esa cuadra y que quiere entrar a sus casas en ruinas. La policía tiene razón y la gente también, hay insultos, vuela algún golpe. La policía pierde el control y lo recupera por momentos y vuelve a perderlo.

Buenos Aires no está preparado para hiperterrorismo internacional. Vuelan helicópteros. La policía dice que hay paquetes sospechosos, se cae una anciana, un hombre de traje y con la corbata rota tartamudea y pierde sangre por el brazo. Hay por lo menos 20 coches destruidos, adentro están llenos de tierra. Los comerciantes miran alhelados los cristales destrozados de sus vidrieras, uno se enfurece y revienta pedazos de vidrio contra el piso. Otro agarra una cortina de hierro y la zarandea para que baje, es una locura, tiembla todo su local, la cortina cae levantando humo.

Empieza a caer la noche. Hay pequeñas fuentes de fuego. El cuerpo bajo lona sigue ahí, la zapatilla con sangre también. Relampaguean los flashes”.